

INTRODUCCIÓN

El presente Cuaderno de Estrategia, constituido por seis semblanzas de intelectuales maduros de nuestro siglo XX, ha sido preparado por un equipo del Instituto Español de Estudios Estratégicos muy interesado por mostrar qué se entiende por Europa en el contexto del pensamiento actual. Se mueve por la misma zona que cuantos estudios aparecidos en los cinco últimos decenios han dado respuesta de algún modo al expresivo título que un filósofo de la historia, de nacionalidad británica y de confesionalidad católica, puso a uno de sus libros: "Hacia la comprensión de Europa". En esta obra, traducida a la lengua española en 1953, Dawson le daba suma importancia al peso de las creencias religiosas y entidad claramente menor a las perspectivas procedentes de la economía.

Los redactores del Cuaderno de Estrategia, todos ellos militares de carrera de clara vocación pedagógica, le han dado una natural preferencia a la huella dejada en España por los libros de otro pensador recientemente fallecido, Luis Díez del Corral. Una obra suya en particular, aparecida en 1954 con el título "El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo", causó en su momento gran sensación y mereció un elogioso comentario del estratega francés mejor acreditado de nuestro siglo André Beaufre. El catedrático español nunca abandonó su postura inicial, aunque volvió muchas veces sobre ella. Lo esencial del tema consistía en darle juego no tanto a las culturas, siempre en conflicto, de Oriente y de Occidente, como al evidente contraste de comportamientos entre las ofertas civilizadoras de lo que denominaba Europa Interior (Francia, Alemania e Italia) y de lo que definía como Europa exterior (España, Inglaterra y Rusia).

A la hora de elegir unos nombres representativos, todos ellos en línea con las posiciones europeístas de Dawson y de Díez del Corral, los redac-

tores del Cuaderno optaron por fijar su atención en doce escritores de muy alto rango no precisamente europeístas en sentido político, es decir, constructores de una Europa política, sino definidores de unos valores con vocación universal que tuvieran sus raíces en la Europa Interior y que hubieran encontrado difusión universal por los cauces de la Europa Exterior. Y se eligió, finalmente, como representantes significativos del momento cultural fin de siglo XX sólo a seis figuras, ya que eran seis los componentes del Grupo de Trabajo. Simultáneamente conviene dejar dicho que otros seis grandes pensadores quedaron fuera de los análisis pormenorizados, por entender que los seis nombres elegidos arrojaban un balance más nítido que los seis nombres todavía mantenidos en la esperanza de una segunda oportunidad para el análisis: Christopher Dawson, Bertrand de Jouvenel, Ernst Jünger, Luis Díez del Corral, Henry Kissinger y Francis Fukuyama.

Nos hemos, pues, ocupado de Raymond Aron, de Julián Marías, de Samuel P. Huntington, de Zbigniew Brzezinski, de Ralf Dahrendorf y de Edward N. Luttwak, sin que esto signifique otra cosa que reconocer en ellos una mayor sintonía con los sentimientos más generalizados entre nosotros.

No nos hemos extendido en los comentarios sobre la obra de Dawson; pero hemos dejado apuntado su sentido. Dawson hablaba de valores éticos y religiosos, lejanos en sí mismos al pragmatismo que se atribuye al pensamiento anglosajón. Su obra intentaba mediar entre las dos cosmovisiones que habitualmente se concentran en las reconsideraciones del pensar propio de Oswald Spengler y de Arnold Toynbee. Conviene recordar que todavía sería posible retomar el tema de Europa en las profundidades donde Dawson lo dejó anclado hace medio siglo.

Tampoco nos hemos demorado en la presentación de las ideas del francés Bertrand de Jouvenel. Se trata de un escritor que alcanzó a vivir cerca de ochenta y cinco años, moviéndose entre su natural elitismo conservador y un liberalismo, sólo en última instancia democrático. Nos interesaba, en principio, como un intelectual muy grave y serio, a su vez incapaz de consagrarse a una disciplina de pensamiento en particular. Jouvenel atendió a los dictados de la sociología, de la economía, de la ciencia política y de la historia contemporánea. Nos impresionaron dos de sus obras más recientes —posteriores a 1975— “La civilización de la potencia” y “Los orígenes del Estado Moderno” (Historia de las ideas políticas en el siglo XIX).

Estas dos últimas reflexiones de Jouvenel constituyen el lógico remate de una evolución que arranca de otros empeños más nacionalis-

tas, por ejemplo, "El bloqueo continental" (1942), "El poder" (1945) y "La soberanía" (1953). Jouvenel es, para nuestro tiempo, un notable crítico de las actitudes más ingenuamente progresistas sobre el placentero futuro de Europa. Sus obras ponen, como primera condición para el éxito, la apertura de un examen de conciencia sobre los errores ya cometidos y nunca reconocidos como tales por los continuadores de la llamada revolución jacobina, la de 1789.

No hemos entrado tampoco en el sentido de la panorámica de situaciones que nos viene trazada por otro autor (tan genuinamente alemán como genuinamente francés o inglés nos parecen Dawson y Jouvenel). Nos referimos al longevo Jünger. Sus especulaciones literarias sobre las vivencias de las dos Grandes Guerras han venido sufriendo el más asombroso de los deslizamientos que se haya dado nunca desde una inicial apología de la guerra (postromántica sin paliativos) a una final denigración de las coyunturas de crisis al borde de la violencia generalizada. Sus obras, intuitivas más que formalmente racionales, merecen estudios monográficos muy concretos pero, sin duda alguna, son más expresivas de lo ya ocurrido que proféticas respecto a lo que se ve venir por el horizonte.

No irrumpe en el escenario del Cuaderno el ya citado Luis Díez del Corral. Y no por falta de méritos sino, quizás, por exceso de relevancia. Díez del Corral se había venido centrando en la riqueza del testimonio intelectual que, con raíces en el Renacimiento italiano, estalló a través del Barroco español por espacios ultramarinos. Seguramente se sentiría mejor acompañado por Dawson, al fin y al cabo un pensador de la Europa Exterior, que por Jouvenel y Jünger, en definitiva, dos típicos representantes de la obsesión intraeuropea que se refleja en el conflicto franco-alemán. Volver a Díez del Corral siempre será para la cultura de los españoles una manera de corregir el desdén nórdico europeo hacia el área mediterránea. Pero no nos hemos podido centrar en sus modos de pensar, que es lo que, en definitiva, haremos apelando a otro pensador español todavía en plétórica actividad, Julián Marías.

Tampoco hemos optado, como genuinos representantes del modo anglosajón de razonar y de proponer soluciones, por dos figuras extraordinariamente populares hoy incardinadas definitivamente en los Estados Unidos de América, Henry Kissinger y Francis Fukuyama, un internacionista de cuño europeo y un politólogo de estirpe extremo-oriental. La comprensión de las claves que ambos nos aportan no es fácil. Kissinger y Fukuyama son estrategias globales en desigual medida futurólogos. El

veterano Secretario de Estado de las administraciones de Richard Nixon y de Gerald Ford, se siente sin duda más afín a las tesis europeístas que el aprendiz de brujo de la geopolítica hegeliana en que se ha convertido Fukuyama. Nos ha parecido que otras dos aportaciones del mismo significado (ultramarino y extraeuropeo) algo más actuales o vivas podían cubrir las evidentes resistencias del espíritu norteamericano en general al porvenir de Europa aceptado como algo autónomo. Son, en nuestro caso, el también internacionalista de origen polaco Brzezinski y el teórico globalista de origen rumano E.N. Luttwak. La clave que la suma de los cuatro nombres nos podría desvelar es, lisa y llanamente, la sorprendente vigencia del “vínculo atlántico”, incluso entre sus naturales adversarios.

Los españoles pensamos, —es el caso de Luis Díez del Corral y de Julián Marías— que no hay un sólo “vínculo atlántico”, —el de la Organización del Tratado del Atlántico Norte—, sino dos o tres que deberían ser reconsiderados, en primer lugar por pensadores de habla hispana; en segundo lugar por pensadores de habla portuguesa y finalmente, por pensadores de habla francesa. La atención a estos otros dos o tres “vínculos atlánticos” es una cuestión tan pendiente de estudio como delicada, pero que se sale (o desborda) el objeto de este Cuaderno de Estrategia, dominado sin paliativos por el fenómeno de la construcción de Europa.

Díez del Corral, en su día, se había dado plena cuenta del pluralismo de los citados vínculos que se encierra en el uso indistinto de los términos “Europa” y “Occidente”. Para el profundo y certero pensador riojano, el término “Occidente” es impreciso, relativista, traslaticio; está llamado a emigrar como el astro solar de que procede la imagen. Otra cosa es el término “Europa”. Lo que decía en 1954 vuelve a tener sentido en el año 2000, aunque entonces su autor no se hiciera la menor ilusión a favor del concorde funcionamiento de la familia europea de naciones:

«América es más occidental que Europa, como, de otra parte el Lejano Oriente es más oriental que el Cercano, cuna de la “Civilización”; pero, aunque fuera posible la perduración de la “Cultura” creada por Europa en otras tierras, aunque se perfeccione y aún culmine en ciertos aspectos en el Nuevo Mundo, lo que a nosotros, europeos, nos interesa vitalmente son las formas de vida radicadas en nuestras viejas tierras. Ni “Europa” como expresión geográfica, ni “Occidente” como mera expresión cultural, sino Europa Occidental».

Esta convicción de Díez del Corral, reiterada solemnemente en 1974 al publicar “Perspectivas de una Europa raptada”, —nuevo breviario de

paneuropeísmo, como Ramón Carande había calificado en su día a su obra más famosa— es también propia de Julián Marías. Ningún intelectual verdaderamente fiel al pensamiento español de los tiempos modernos puede desconocer que es en el concepto mismo de Europa Occidental donde tienen sentido los dos lazos esenciales para el sostenimiento de una cultura genuinamente española: el lazo mediterráneo con Italia y el vínculo atlántico con América, entiéndase con América en tanto iberoamericana.

La elección a favor de estos seis nombres —Aron, Marías, Huntington, Brzezinski, Dahrendorf y Luttwak— se entiende todavía mejor si se introduce o si se la coloca en la estela de un pensamiento que debemos al economista John Maynard Keynes desde febrero de 1936:

«Las ideas de los economistas y de los filósofos de la política encierran, sin que sea obstáculo su verdad o falsedad, bastante más potencia que la que suele atribuirseles por lo general. Si hemos de decir la verdad, son ellas las que gobiernan el mundo. Los hombres prácticos que se consideren al abrigo de cualquier influencia de tipo intelectual suelen ser los esclavos de algún economista difunto».

Keynes, anglosajón al fin, huye de la metafísica y de la filosofía de la historia, tanto como de las cosmovisiones idealistas. Pero le da importancia a las ideas de quienes, en tanto hombres cargados de buen sentido, él encierra en la doble definición de grandes economistas y de grandes políticos.

«Estoy seguro —añadía en los párrafos finales de su conocida obra "Teoría General del Empleo"— de que se le concede importancia exagerada al poder de los intereses creados frente a la invasión gradual llevada a cabo por las ideas. Una invasión que no tiene lugar inmediato, sino al cabo de cierto intervalo... Las ideas que los funcionarios, los políticos e incluso los agitadores aplican a los sucesos del momento, no se distinguen precisamente por su novedad. Sin embargo, más tarde o más temprano, son las ideas y no los intereses creados los que se muestran eficaces, ya sea para bien o para mal».

Estas dos citas del discurso del gran economista Keynes nos acercan a las ideas de Dawson, de Jouvenel, de Jünger, de Díez del Corral, de Kissinger y de Fukuyama, pero más aún nos introducen en las de los otros seis intelectuales tratados en este Cuaderno de Estrategia, en definitiva, constituidos en un equipo que en cuanto tal piensa más en lo económico y en lo político que en lo cultural o metafísico.

Los seis escritores elegidos para ser glosados son, en definitiva, 1) un francés de estirpe hebrea con raíces alsacianas, Raymond Aron, que fue capaz de abandonar a tiempo su inicial socialismo de cuño marxista, cuya teoría sobre la sociedad industrial quiere expulsar a los dogmatismos ideológicos del campo de la discusión científica; 2) un español vallisoleto, liberal sin concesiones, Julián Marías, que de nuevo persiste en tomar actitudes abiertas hacia la cultura y hacia la filosofía sin incurrir en grandiosas cosmovisiones; 3) un norteamericano sin enlace directo con cuna europea alguna, Samuel P. Huntington; 4) un norteamericano de origen polaco, Zbigniew Brzezinski, que no se deja llevar ni hacia la simplificación marxista de los intereses ni hacia las teorías geopolíticas con base ideológica; 5) un alemán, de hecho implantado en las Islas Británicas, Ralf Dahrendorf, cuya trayectoria resulta paralela a la propia de Aron, si bien más matizada de socialdemocracia que de liberalismo conservador y 6) al transilvano, también ganado por los Estados Unidos de América, Edward N. Luttwak que, ahora sí, se inclina respetuoso por lo que Keynes daba por sentado —la normal influencia de algún economista difunto en los modos de pensar de algún politólogo joven.

Los seis pensadores elegidos no son en absoluto ni unos fanáticos del europeísmo a ultranza ni unos serenos simpatizantes con los proyectos de unidad europea. Nosotros les observamos en relación con un propósito que no es el suyo. Los verdaderos padres de la propuesta a favor de la unidad europea, —de la Unión Europea— en términos políticos, económicos y estratégicos no son ellos sino Robert Schuman, Jean Monnet, Konrad Adenauer, Alcides De Gasperi, etc. Los seis pensadores aquí presentados tienen algo que decir sobre el futuro de Europa, pero no están demasiado interesados en decirlo. Hablan desde su especialización concreta que en R. Aron son las relaciones internacionales en la era planetaria, que en J. Marías son las vivencias de la razón histórica o del raciovitalismo cultural, que en S.P. Huntington son las ciencias sociales de sentido político modernizador, que en Z. Brzezinski son las artes gubernamentales de las grandes potencias en periodos de crisis, que en R. Dahrendorf son los métodos para la resolución coherente de los conflictos sociales de cada comunidad política y en E.N. Luttwak las conexiones estratégicas entre geopolítica y economía global. Los seis pensadores elegidos nos interesan como hombres abiertos a la realidad social a finales del segundo milenio. Vienen a estas reflexiones en aras de su reconocida autoridad epistemológica o deontológica y nunca en virtud de su pasión europeísta, que todos ellos tienen muy controlada.

Hemos presentado su biografía intelectual en el orden que se desprende de sus fechas de nacimiento. Todos ellos han nacido más bien próximos a lo que debemos considerar primer tercio del siglo XX. Los seis han irrumpido con fuerza a lo largo del segundo tercio, unos al borde de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial, Aron y Marías, otros en plena Guerra Fría, Huntington, Brzezinski y Dahrendorf y uno, Luttwak, en su periodo de superación. Los seis mantienen enhiesta la bandera de su prestigio cuando el siglo XX remata su último tercio, en el año 2000, si bien con las naturales reservas generacionales. El único fallecido, Aron, atraviesa una fase de oscurecimiento de su fama que podría ser superada en sólo una década.

Los hemos aceptado como testimonios vigentes de actualidad sin perder de vista lo que cada uno tiene de representativo de la idea misma de Europa Occidental, aunque sean norteamericanos. Lo que les une entre sí es el tantas veces citado "vínculo atlántico". Sumados sus seis nombres con los otros seis, en su día considerados posibles interlocutores nuestros (Dawson, Jouvanel, Jünger, Díez del Corral, Kissinger y Fukuyama) nos darían una panorámica más completa, más llena de matices, más comprensiva de ideas enriquecedoras. La glosa de los "doce" pensadores nos valdría más de lo que nos sirve la glosa de los "seis". Pero al afirmarlo tan sinceramente, lo hacemos con la clara intención de que el lector del Cuaderno de Estrategia tenga buen cuidado de realizar por sí lo que no ha encontrado cabida en el trabajo presentado por nosotros.

El método seguido en el presente análisis tiene algo de original. No se enfrenta dos a dos a un partidario esperanzado de la Unión Europea con un adversario escéptico de la construcción política de Europa. Tampoco se forma un bloque con los tres intelectuales genuinamente europeos (Aron, Marías y Dahrendorf) para confrontarlo con los otros tres, ultramarinos o americanos del Norte. Se hace desfilar por delante de nuestros ojos a unos pensadores cuya actitud hacia los valores europeos es simplemente serena o razonable. Sus preocupaciones esenciales no pasan por la gestión política, aunque en algún momento les alcanzaron algunas responsabilidades de gobierno. Tampoco nos valen como meros continuadores de una postura ya dos veces centenaria cuyo máximo representante bien pudiera ser, en torno a la fecha fatídica para Napoleón de la batalla de Waterloo, el Conde de Saint-Simon (1760-1825) al dar a la imprenta unas personalísimas reflexiones:

«De la Reorganización de la Sociedad Europea o De la necesidad y de los medios de reunir los pueblos de Europa en un sólo cuerpo político, conservando cada uno su independencia nacional».

Vendrá, sin duda, un tiempo en que todos los pueblos de Europa sentirán que hace falta regular los puntos de interés general antes de descender a los intereses nacionales; entonces los males comenzarán a hacerse menores, los disturbios a aplazarse, las guerras a apagarse; a ir allí tendemos sin cesar, nos lleva el curso del espíritu humano. Pero ¿qué es más digno de la prudencia del hombre, arrastrarse o correr hacia allí?»

Los seis pensadores elegidos para hacernos reflexionar en Europa como problema ni se dejan arrastrar por el viento de la historia ni tampoco desean correr más deprisa que este mismo viento. Simplemente nos cuentan lo que está pasando en relación con lo que, a su juicio, debería pasar. Son representativos de seis modos de ver las cosas algo similares y por lo mismo bastante compatibles. No proponen medidas concretas. Aconsejan cambios de actitud y, sobre todo, nos avisan de la improcedencia del recurso a la aceleración de la historia en aras de la violencia. Todos, los seis, reclaman una vuelta sincera hacia la moderación de los cambios. Pero cada uno de ellos se decanta a favor o en contra de las esperanzas. Unos insisten con vehemencia en el refuerzo ético del polo europeo de la Alianza Atlántica y otros en aplaudir la inevitable confianza en los valores éticos que se derivan del hecho mismo del “vínculo” transoceánico.

Un juego intelectual sabroso consistiría en tomar dos a dos a los componentes del grupo de los “doce”, uno entre los “seis” estudiados y otro entre los “seis” dejados para mejor ocasión, considerando básica para la composición de parejas la condición de compartir una misma nacionalidad. Y al compararles dos a dos podríamos percibir si hay o no mayor modernidad (o mayor influencia social) en el personaje elegido o en la figura apartada momentáneamente de nuestra atención. Es lo que voy a iniciar como tal juego intelectual.

Así, entre los dos franceses, Jouvenel y Aron, el primero me parece más antiguo o más arcaico. Jouvenel viene del aristocratismo de élite y respeta en lo que vale las tradiciones de Francia, sin que sea un defensor a ultranza del derecho natural frente al derecho positivo. Aron viene del materialismo dialéctico, de la inicial (o juvenil) confianza en la ley del progreso indefinido. Se confiesa en gran medida arrepentido. Los dos le han acabado cogiendo el gusto a su presencia en los medios de comunicación social. Son educadores a su modo y generalistas sin propósito de la enmienda. Pero, en definitiva, y de momento hoy, se cita más a R. Aron que a B. Jouvenel, por lo menos en los ámbitos tanto políticos como universitarios de nuestro entorno.

Entre los dos alemanes, Jünger y Dahrendorf, se da la misma circunstancia. El primero nunca se desprendió de un cierto entusiasmo por la tradición germánica del Imperio, mejor que de las glorias de lo que tendríamos que llamar tradición alemana. Lo que Jünger quiere decir a la posteridad lo dice sin importarle un bledo la envergadura de sus cambios de opinión. Es un intuitivo que hace literatura. El segundo, Dahrendorf, quiere hacer ciencia positiva. Ha abandonado todo lo que huele a cerrado nacionalismo y se ha abrazado con quienquiera que rezume internacionalismo abierto. En nombre de un socialismo nada nacional, desemboca en un liberalismo democrático que repudia cualquier forma de radicalismo. Nada hay en Dahrendorf de la brillante intuición de Jünger. Los jóvenes de hoy, sin duda alguna, creen que se aprende mejor a navegar en nuestro tiempo con la brújula del sociólogo alemán que con la rosa de los vientos del literato germánico, en definitiva, una veleta.

Entre los dos españoles, Díez del Corral y Julián Marías, se da un contraste suave, apenas agudizado por el hecho de ser Marías un filósofo de la cultura y Díez del Corral un historiador de las ideas políticas. Pero no nos cabe la menor duda de la presencia de una mayor preocupación por la actualidad en la obra del filósofo de la escuela orteguiana. Luis Díez del Corral anda detrás del pensamiento liberal en todas sus formas, las doctrinarias y las humanistas, para gozarse en Tocqueville, además de en Montesquieu, como lúcidos pensadores acerca de la realidad del poder, Julián Marías se entrega, en definitiva, a una filosofía moral, a una búsqueda del comportamiento que lleva a lo excelente, a lo mejor, a lo más digno, aquí y ahora. D. Luis enlaza a lo hispánico con lo itálico en el horizonte de lo francés. D. Julián hace una operación semejante entre lo hispánico y lo iberoamericano. Europa, al parecer de muchos, es un tema del historiador de las ideas que apenas resplandece en los escritos del filósofo de la cultura. Pero, con todo, resulta evidente que las reflexiones cara al futuro más inmediato será más fácil encontrarlas en Marías, sólo unos años más joven que el catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas.

Los seis intelectuales que nos falta por encuadrar en este juego de parejas pueden pasar por anglosajones. Sería falso forzar las cosas lo suficiente para convertirles a tres de ellos en ingleses y a los otros tres en americanos. El contraste más fácil de establecer se daría entre los dos más comprometidos con la política de los Estados Unidos, Kissinger y Brzezinski. El contraste más difícil se daría entre Dawson y Huntington, porque aquí es casi todo lo que les separa. Un contraste tolerable se nos ofrece

entre Fukuyama y Lütwak, quizás por el dato compartido de su inicial distanciamiento étnico de las culturas mayoritarias en Norteamérica.

Entre Kissinger y Brzezinski, la impresión del lector de sus libros ve más cultura occidental europea en el primero y más civilización americana en el segundo. Pero, en ambos, es perceptible un conservadurismo de gran potencia que se muestra receloso hacia la potenciación de Europa Occidental. Kissinger contempla a Charles De Gaulle como si se tratara del epicentro de la crisis de la seguridad europea. Habla desde la conciencia casi bélica de los años sesenta. Brzezinski apenas le da importancia a las diatribas intraeuropeas. No ve en las potencias europeas crisis sino conformidad. De aquí que sea más útil o más urgente captar los argumentos del polaco que las nostalgias del alemán, entiéndanse ambos como ciudadanos actuales de los Estados Unidos ganados por la nostalgia del paraíso perdido.

Entre Dawson y Huntington, sí que se percibe una diferencia radical de temperatura. Dawson no piensa en choques de civilizaciones sino en zonas de influencia de las confesiones religiosas. Dawson no se sale de lo que considera verdadera cultura donde Huntington no quiere salir de los reales avances de la sociedad civilizada o sociedad del bienestar. Dawson es el menos pragmático de los anglosajones, allí donde Huntington no quiere ser un analista de símbolos ni de creencias arraigadas en los pueblos sino un observador realista en grado sumo, es decir, un partidario del equilibrio entre los poderes realmente dados y en presencia.

Entre Fukuyama y Lütwak, los acuerdos son posibles porque los dos representan análogo optimismo configurador del futuro. A los dos les tiene sin cuidado lo europeo en cuanto tal. A los dos les preocupa que Estados Unidos cometa errores. Pero sus temores no radican en los aciertos de Europa, sino en la ola creciente de efectividad que puede lograrse en el Pacífico. Luttwak, orientado hacia la economía global, dice cosas que ahora parecen más sensatas que las tesis, hegelianas en definitiva, de Fukuyama. Por eso le hemos elegido.

Estas ligeras comparaciones tomadas dos a dos para un juego intelectual, a mi parecer justifican la elección de los seis nombres pero no nos dejan a los redactores del Cuaderno de Estrategia absolutamente tranquilos. El consejo final que procede añadir en esta presentación no puede ser otro que el ya insinuado: cumplida la tarea de informar sobre estos seis pensadores, sigue teniendo sentido recomendar la lectura de las obras más significativas de los otros seis.

Debemos terminar esta Introducción haciendo nuestra la actitud que ha puesto de relieve Julián Marías en su artículo "Proyectos y Plazas", aparecido en la "tercera" del diario ABC el 9 de septiembre de 1999:

«La integración original y creadora de España en Europa se presenta como un proyecto de largo alcance y apasionante. En ello estamos y la insatisfacción que se puede sentir no procede tanto de España como de Europa en su conjunto, en el predominio de lo económico y administrativo, en el hecho de que la personalidad de las naciones ha palidecido y el desconocimiento entre ellas es preocupante.

Sería capital que España aportase a Europa su enérgica personalidad, su propia versión de lo europeo, contribución al enriquecimiento del conjunto. Para ello será menester que España cobre plena conciencia de su significación, de su condición de pieza insustituible, de instrumento de la tan necesaria orquesta europea.

España no puede olvidar que ha sido, a fines del siglo XV, la creadora de Occidente, la que se proyectó hacia América para allí realizar el máximo injerto de la historia, después de la empresa de Roma».

El Coordinador del Grupo de Trabajo